

EL PROCESO POLÍTICO COLOMBIANO DURANTE EL GOBIERNO DE JULIO CÉSAR TURBAY AYALA (1978-1982)

THE POLITICAL PROCESS IN COLOMBIA DURING JULIO CESAR TURBAY AYALA'S GOVERNMENT (1978-1982)

POMPEYO JOSÉ PARADA SANABRIA*

Resumen

Este artículo describe el proceso político de cuatro años (1978-1982) en Colombia, el cual tiene importancia histórica, por su carácter transitorio entre el fin del Frente Nacional y una época que estuvo signada por la crisis política, en la cual incidieron los movimientos insurgentes de distinto tipo, el inicio del narcotráfico y las contradicciones de los partidos políticos dominantes. Se analiza, mediante una revisión de prensa y de fuentes secundarias los principales acontecimientos políticos del gobierno de Julio César Turbay Ayala, como el Proceso de Paz de esta administración, la evolución de los partidos tradicionales, incluyendo una revisión programática de el debate electoral de 1982; también se describe el desarrollo de los partido de izquierda democrática y, como perdieron protagonismo frente a los grupos guerrilleros más significativos del periodo.

Palabras clave: Proceso Político, Partidos Políticos, Proceso de Paz, insurgencia, Guerrillas, Gobierno

Abstract

This article describes a four year (1978-1982) political process in Colombia which has historical importance because of its transitory character between the end of the Frente Nacional (National Front) and a time which was marked by a political crisis in which different types of rebel movements, drug trafficking appearance, and the contradictions of the dominant political parties had an impact. Through a press revision and secondary sources, the main political issues of Julio Cesar Turbay Ayala's government are analyzed including the Peace Process during his administration period, the evolution of traditional political parties including a programmatic revision of the electoral debate in 1982; the development of the democratic left-wing parties is described and how they overshadowed before the most significant guerrilla groups in that period.

Key words: Political Process, Political Parties, Peace Process, Insurgency, guerrilla, Government

* Sociólogo. Profesor Departamento de Antropología y Sociología, Universidad de Caldas.

Introducción

En la mitad de la década de los años setenta se terminó el régimen político del Frente Nacional, porque se reabrió en 1974 el libre juego de los partidos tradicionales al cerrarse la alternación. Aunque se mantuvo el espíritu bipartidista, esta década mostró otras características que inciden en el proceso político de la siguiente década: 1) de cierto modo la declinación de los partidos tradicionales, por lo menos en su protagonismo frente a otras colectividades y grupos diferentes, como también en ciertos procesos políticos —conflicto y narcotráfico—; 2) se encuba la violencia múltiple que cobrará relevancia en los años ochenta; 3) la movilización social que tuvo su mejor expresión con el paro cívico de 1977; 4) algunos cambios sociales, que se operaron durante el periodo del Frente Nacional, producen sus efectos en esta década: expansión educativa y participación femenina. En suma, la década de los años setenta, constituye una forma de transición a las siguientes dos décadas, lo cual también es válido en otros aspectos de la vida social colombiana. En el campo particular de la política, se entiende la segunda mitad de la década del setenta, como el desmonte del Frente Nacional.

Este trabajo describe, en primer lugar, la realidad gubernamental del periodo, en tanto se considera hace parte del proceso político y, al mismo tiempo, se toma como un contexto para, en segundo lugar, estudiar tanto los partidos políticos dominantes, como también los partidos de la izquierda u opositores al Estado, incluyendo a los movimientos guerrilleros. Se pretende ofrecer las líneas generales del proceso político sin establecer relaciones causales o de orden teórico. Se acude en lo posible a fuentes primarias, sin excluir los análisis que sobre el periodo hacen aportes a su esclarecimiento.

La técnica de exposición es la crónica que se utiliza también en las ciencias sociales, pero que no exime de las exigencias de un trabajo de tipo académico, o sea su soporte empírico; es también, un intento de darle un determinado estilo a las páginas que siguen.

1. Gobierno y contexto

La década del ochenta¹, en lo que respecta al proceso político colombiano, parece dividirse en dos partes. En los primeros años, aún se nota la herencia del Frente Nacional por la forma como los partidos tradicionales definen la controversia por el control del Estado: orientación hegemónica de los llamados jefes naturales, imponiendo sus propias aspiraciones; lealtades de los líderes regionales frente a aquellos; control de clientelas; disidencias marcadas, especialmente

¹ La década de los años ochenta es un tránsito en la política colombiana, pero a nivel mundial es el comienzo del neoliberalismo, basta recordar que marca el inicio de los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher en Estados Unidos e Inglaterra respectivamente, con sus políticas en las cuales sobresalen las teorías económicas de la Escuela de Chicago opuestas a la teoría de Keynes, que orientaba el “Estado de bienestar”.

en el Partido Liberal y la división histórica del Partido Conservador. Un segundo gran periodo de ruptura, que coincide con el gobierno de Belisario Betancur y las acciones del gobierno en el campo de la pacificación. En adelante, se desatan los fenómenos del narcotráfico, con su acción terrorista frente al Estado. La expansión del conflicto guerrillero y el paramilitarismo inicial. Fenómenos que, en sí mismos, podrían caracterizar la vida política de la década de los ochenta.

El gobierno de Julio César Turbay Ayala, se inició en 1978, en una elección que dejó como resultado una victoria muy estrecha sobre su contrincante del Partido Conservador, Belisario Betancur, lo indujo a poner en práctica el artículo 120² de la Constitución vigente, de participación adecuada y equitativa al partido que le siguiera en votos al del presidente elegido; le permitió a este gobierno, mantener la continuidad —obligada— con el principio de la paridad del Frente Nacional.

Esta administración, al empezar la década de los años ochenta, debió asumir un evento que simboliza su proceder político: la toma de la embajada de la República Dominicana por el movimiento guerrillero M-19, que duró cerca de dos meses y se finiquitó con el pago de un rescate y su refugio en Cuba. El manejo del gobierno Turbay a la toma de la embajada dominicana, que culminó en una negociación que no contempló la salida de los presos políticos, como lo pretendía el M-19, indica la capacidad de maniobra de un gobierno, cuyo presidente se había distinguido precisamente por esa habilidad en el tema político. Muchos analistas destacan como positivo tal manejo, que contrasta con el contexto sociopolítico en que se desarrolló la toma, y por su talante autoritario que había implementado en los dos años precedentes. En ese sentido, es importante intentar caracterizar el contexto de la administración Turbay Ayala para abordar el desarrollo del proceso político en este primer sub-periodo:

Su acento en el uso de la fuerza, es el elemento que le proporciona el tono de gobierno autoritario, y que acá lo planteamos como hecho social, producto de unas circunstancias históricas y, eso sí, de una concepción de gobierno, pero no como efecto de la simple perversidad de un determinado personaje. En efecto, la administración Turbay que como dijimos se impuso de forma precaria sobre los conservadores, en la contienda presidencial en mayo de 1978 y con poca legitimidad electoral, pues la abstención fue del orden del 60% (Pécaut, 1987a, p. 338), promulgó, en las primeras semanas de iniciado su mandato, como lo había declarado en su discurso de posesión, el denominado “Estatuto de Seguridad” que so pretexto de combatir

² El excanciller Alfredo Vázquez Carrizosa comentaba en su columna de *El Espectador* que “los partidos tradicionales en Colombia son arcaicos y para resguardarse y evitar su disgregación se han acogido al peculiar artículo 120, parágrafo 1° de la Constitución Nacional” [de 1886] [...] han bastado seis meses de vigencia para demostrar las enrevesadas situaciones que esta norma ha creado. Los dos grupos conservadores, pastranistas y alvaristas, han emulado en las zalemas al presidente Julio César Turbay; han puesto en remojo sus escrúpulos programáticos y aceptado lo que parecía inconveniente: que el procurador general de la nación y el contralor de igual manera general de la nación no sean escogidos entre los miembros del ‘segundo partido’” (“El ocaso de los partidos”, *El Espectador*, s.f, s.p.).

el secuestro y la extorsión, le daba un manejo autónomo a las fuerzas militares sobre el orden público junto a otras prerrogativas como imponer penas en determinadas jurisdicciones; aumento de penas para esos delitos. También contemplaba dicho Estatuto, que era aplicación del artículo 121 o “Estado de Sitio” de la Constitución de 1886, medida que mantuvo durante casi todo su periodo de gobierno y que se suponía se justificaba para situaciones de excepción política, aunque casi todos los gobiernos del Frente Nacional lo utilizaron por largos periodos con cierta asiduidad.

Era pues, el instrumento para poner en cintura la subversión armada que para esos años incrementaba su beligerancia, pero que igual se hizo extensivo a la protesta social que también se reactivaba, como lo dejó claro el primer paro cívico nacional de septiembre de 1977 y que las autoridades temían se repitiera por la agitación social presente en 1980 y 1981³, estimulada por las difíciles condiciones sociales en que se debatían las clases trabajadoras, cuyo factor más álgido era la carestía. En el mismo año 1977, pocos meses después de promulgado el estatuto de seguridad, con ocasión del asesinato de un exministro de Estado por un comando guerrillero del Movimiento de Autodefensa Obrero (MAO), grupo poco conocido, se hizo uso del artículo 28 de la Constitución Nacional (CN) que permitía retener por 10 días a cualquier sospechoso de alterar el orden público o de “amenazas a la paz”. Las denuncias de tortura, consejos verbales de guerra, desapariciones y encarcelamientos de opositores se hicieron constantes durante este periodo por parte de sindicalistas, activistas de derechos humanos, dirigentes de movimientos sociales y de organismos internacionales como Amnistía Internacional⁴. Las caballerizas como centro de torturas, que se popularizaron como imaginario popular y de ciertos caricaturistas en los medios, dan idea del talante represivo que se mantenía al comenzar el decenio ochenta del siglo XX en el país.

En síntesis, la administración Turbay empleó la coacción y la restricción de las libertades públicas, para enfrentar la crisis política y económica con la que se cerraba el régimen del Frente Nacional y se inauguraba una nueva etapa en la vida política colombiana, lo cual no fue óbice para combinar la fuerza con la “zanahoria” de la pacificación, pues posterior a la toma de la embajada dominicana se ofertaron dos amnistías, una del gobierno y otra del Congreso, para los presos políticos —ambas rechazadas por la guerrilla— y se creó la primera Comisión de Paz en septiembre de 1981 presidida por el expresidente Lleras Restrepo⁵, estrategia que sería capitalizada por el gobierno de Belisario Betancur en 1982.

³ En octubre de 1981 se efectuó el segundo paro cívico nacional que no tuvo los alcances del primero en 1977, pero que sin embargo inquietó durante buena parte del año 81 al gobierno y a la opinión pública. Ver informe del CEC del Partido Comunista al pleno del Comité Central en el periódico *Voz Proletaria*, noviembre 19 de 1981, p. 5.

⁴ Ver respuesta del gobierno al informe de Amnistía Internacional que cuestionaba duramente al gobierno Turbay en el manejo de los derechos humanos, en *El Tiempo*, abril 21 de 1980, p. 10D.

⁵ La primera amnistía, ofrecida por el gobierno Turbay poco después de la toma de la embajada de la República Dominicana, era muy restringida y una segunda fue presentada por dos congresistas, aunque era mejor que la anterior, igual fue rechazada por el M-19, el ELN y por el propio presidente, puso sobre el tapete la discusión de esta medida para obtener la paz. Lleras Restrepo presidió la Comisión de Paz entre septiembre de 1981 y mayo de 1982.

La debilidad política con la que se entronizó este gobierno, también se reflejó en el campo económico y social. En los dos primeros años del gobierno Turbay el crecimiento económico fue bastante satisfactorio (8,5% y 5,9%, respectivamente), lo cual explica la euforia de los gremios económicos. Dos años después, con una recesión económica grave y crecientes niveles de inflación (de 1978 a 1981 pasó de 18% a 27,5%), ni los gremios empresariales ni la opinión congraciaron con el gobierno Turbay, cuya política económica no se mostraba eficaz para enfrentar ni la recesión que se notaba en el decrecimiento del sector manufacturero (-1,0% en 1981) y en la caída de los precios del café, ni porque tampoco le puso coto al déficit fiscal que para 1982 equivalía a un poco más del 4% del PIB⁶. En el conjunto de la economía, en este periodo, se consolida el poder del capital financiero en detrimento del sector productivo⁷, cuestión que ya se venía desarrollando desde antes⁸. En 1982 se hace público el escándalo de las maniobras especulativas de dos conglomerados financieros: el Grupo Grancolombiano de Jaime Michelsen Uribe acusado de utilizar los ahorros de pequeños ahorradores con fondos de inversión y el Grupo Colombia de Félix Correa señalado de conexiones con la mafia. Esta situación chocaba con los empresarios de actividades distintas a las finanzas que en un frente organizado en 1981 reclamaron al gobierno su proceder, incluso calificándolo como doloso; la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) es todavía más radical en condenar la “economía clandestina” y la inmoralidad que la ve por encima de la “autoridad pública”⁹.

El contexto del periodo Turbay fue de completa crisis política. Por las dificultades de la economía, como se esbozó antes, pero principalmente en el orden político porque:

- a) El Partido Liberal atravesó por una división que le acarrearía la pérdida del poder en 1982, o eso por lo menos incidió fuertemente.
- b) Por la escalada del conflicto guerrillero. En esos años los grupos armados eran de perfil múltiple, por lo diversos en su origen ideológico y en su accionar estratégico y cuyas prácticas militares tipo guerrilla ortodoxa comienzan a degradarse, pues su acción, al decir de diversos críticos¹⁰, resultaba poco apropiada para movimientos de este tipo. En los dos últimos años

⁶ Todos los datos económicos de este párrafo son tomados del texto de Pécaut (1987), *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968-1988*, capítulo “Una democracia en la encrucijada”, p. 327 y ss.

⁷ En ese momento en Colombia existían 7 grandes grupos financieros: Santodomingo, Suramericana (hoy Grupo Antioqueño), Ardila Lulle (Postobón-Lux), Bogotá, Fedecafé, Grancolombiano y Vallecacano; nótese cómo los conglomerados financieros son menos numerosos hoy, porque en buena parte muchos activos se han privatizado, favoreciendo principalmente a inversionistas extranjeros, como en el caso de la Banca a capital español o a capital mexicano como en el caso de la telefonía celular que se desconocía en esos años. Al respecto para esa temática y sobre esa época, véanse, entre otros, los estudios de Jesús Bejarano: *El capital monopolista y la inversión extranjera*, y Julio Silva Colmenares: *Los verdaderos dueños del país* y su ponencia -citada aquí-: *Los grupos financieros en Colombia* (Silva, 1979).

⁸ Estimulado por el predominio del “capital financiero” como parte del plan de “Las Cuatro Estrategias” del gobierno Pastrana Borrero al crearse las UPAC y luego en el gobierno de López M. con el papel que jugó la llamada “ventanilla siniestra” que le abrió entrada a capitales de la “economía clandestina”, entre otros factores.

⁹ Declaración del presidente de la ANDI ante la asamblea de los industriales en 1981 (citada por Pécaut, 1987, p. 336).

¹⁰ Véase las denuncias de Francisco Mosquera, Secretario General del MOIR en los años ochenta y de Enrique Santos Calderón, subdirector de *El Tiempo* en esos años (Santos, 1985, “La Guerra por la Paz”, Editorial CEREC, Bogotá).SG.

del gobierno Turba, la ofensiva guerrillera se hizo fuerte por parte del M-19, que extendió su acción a los departamentos del Chocó, Caquetá, Cauca y Nariño. Las FARC, que era de todos modos el grupo más organizado, operaban en el sur del país y en ese momento en el Magdalena Medio; para el gobierno Turbay lo peor era la coordinación de estas dos guerrillas.

c) Hay un deterioro moral en esta administración por la corrupción en el Estado: en 1978 el presidente de la Cámara de Representantes fue condenado por comportamiento indebido¹¹ en su cargo, lo que no le impidió convertirse en uno de los jefes políticos con mayor poder electoral en su región y, por ende, presentarse como una carta fuerte en el Partido Liberal para el debate presidencial de 1982. El clientelismo era un ejercicio eficaz en estos años: el presidente Turbay como político durante casi cuatro décadas, fue considerado como uno de los grandes exponentes de esta práctica política. Y que en su gobierno manejo con supuesto éxito no solo en el interior del liberalismo sino también con el Partido Conservador, especialmente con el sector ospino-pastranista. Por eso, aun en los muchos momentos de crisis, siempre contó con apoyo político. Cuestión, que no ocurrió con los empresarios y paradójicamente con el estamento militar, incluso en un momento determinado —finales de 1981— se llegó a rumorar un golpe de Estado. El Partido Liberal dentro del bipartidismo fue el que acusó con mayor rigor el estigma del clientelismo, a pesar de que aquel fuera consecuencia del Frente Nacional.

d) En el país ya se percibía el narcotráfico, con todas sus secuelas, como un problema, en términos de la presencia de grupos mafiosos con bastante poder local, y representación política¹²: uno de sus jefes ocupaba una curul en el Congreso de la República y otro ganaba espacio político con la creación de un movimiento de corte nacionalista. Poseían, además, inmenso poder en la actividad deportiva, quizá como medio de blanqueo de sus fortunas y de inserción social, como se verá más adelante¹³.

2. Partidos y movimientos políticos

Partidos tradicionales. Ubicados en el marco del desmonte del Frente Nacional o el tránsito a un nuevo modelo del bipartidismo colombiano, la dinámica de los partidos tradicionales colombianos, en estos años, se comprende: primero, por su organización centralizada en unos jefes nacionales, que eran los llamados a trazar las pautas partidarias, al estilo del rasgo weberiano de los líderes “que viven para la política”, en la cual los liderazgos

¹¹ Ver: Jorge Vélez, “El caso Santofimio” en Revista *Flash* No. 4, febrero 15 de 1978, p. 10-14.

¹² Ver: reportaje de Bernard Cassen, “Colombie, des lezardes dans le facade démocratique” en revista *Flash* No. 4, febrero 15 de 1978, informe especial, pp. 22-37. Es importante aclarar que para finales de los setenta el poder mafioso era principalmente de grupos que traficaban con marihuana, los carteles en los ochenta sí comercializaban cocaína.

¹³ En abril de 1983 la revista *Semana* presentó al jefe del llamado cartel de Medellín como un potentado benefactor bajo el eufemístico título de «Un Robin Hood Paisa», (suplemento de *Semana* mayo 16-23 de 1989).a URi(, m-23)

regionales operaban como un juego de lealtades frente a cada uno de esos “caudillos” nacionales. Segundo, las disidencias que amenazaban la organización de los jefes nacionales constituyeron una ruptura para el bipartidismo, caso Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) o Alianza Nacional Popular (ANAPO). Aplicado lo anterior a este periodo, se entiende el papel jugado por los precandidatos del Partido Liberal, en 1978¹⁴ y 1982; de forma análoga, lo veríamos para el Partido Conservador. En el segundo caso, es evidente que la división del Partido Liberal se manifiesta con la eclosión, desde 1979, del Nuevo Liberalismo encabezado por Luis Carlos Galán.

A) Partido Liberal: disidencia y división

Que los partidos políticos persiguen el poder es casi una ley, así lo plantea Max Weber,¹⁵ pero el poder como finalidad de la política se desdobra en la lucha por el poder y el ejercicio del poder; ambos aspectos generan consecuencias. El Partido Liberal entre 1978 y 1982 ejerció el poder con poca “legitimidad”, comparado con su predecesor que obtuvo un respaldo electoral de tres millones de votos, y enfrentó unas circunstancias políticas, económicas y de orden público críticas, quizás por eso apeló a la fuerza con lo cual aumentó su desgaste y el de su partido. Utilizó el artículo 120 de la CN para minimizar la baja legitimidad electoral y el artículo 121 para sortear la crisis, y a la postre ninguna de estas armas le surtió efecto al liberalismo para mantenerse en el poder, no obstante las maniobras del Ejecutivo¹⁶ para favorecer al candidato de sus afectos, López Michelsen, en la justa electoral por la presidencia en 1982.

La erosión del Partido Liberal en su ejercicio del poder, se sintetiza por la forma como asumió la crisis que le forjó el tránsito de un régimen político a otro y de una década a otra; es un proceso bisagra, que no resultó afortunado por las tensiones que se generaron con: 1) los empresarios por el manejo de la recesión y de la economía en la cual se favoreció al sector financiero y especulativo, y por su incapacidad para contrarrestar el poder mafioso; 2) con el sector social por la represión generalizada, el quebrantamiento del orden jurídico dadas las medidas de excepción y la política social: ni la inflación que hizo caer los salarios reales, aun más que en el gobierno anterior, ni el empleo se mejoraron, pese a la restricción en el gasto público; 3)

¹⁴ En las elecciones de 1978 los candidatos liberales fueron: Carlos Holmes Trujillo, dirigente del Valle; Carlos Lleras Restrepo y Julio César Turbay Ayala, dirigentes nacionales. Para el debate presidencial de 1982 se presentaron como candidatos liberales: Alberto Santofimio Botero, dirigente regional del Tolima con visos de dirigente nacional; Otto Morales Benítez, dirigente regional de Caldas; Augusto Espinosa V., dirigente regional de Santander, Virgilio Barco Vargas, dirigente nacional y Alfonso López Michelsen, dirigente nacional, quien en ese momento fungía como director del Partido Liberal. En el Partido Conservador los candidatos fueron: Álvaro Gómez Hurtado y Belisario Betancur en 1978. Para 1982 solo se presentó Belisario Betancur, designado candidato por el mecanismo de la convención.

¹⁵ Weber define la política como Lenin, como la simple lucha por el poder pero en el ámbito del Estado moderno o de cualquier asociación que se rija por reglas democráticas. Ver su sociología del Estado en su texto *Economía y Sociedad* (1964).

¹⁶ Cuando Turbay fue candidato en 1978 se criticaba que el presidente López M. lo había favorecido frente al otro candidato liberal, Lleras Restrepo, a través del mecanismo del llamado Consenso de San Carlos y viceversa en 1982 mediante procedimientos poco claros, según sus críticos en la Convención de Medellín en 1981 y el Acuerdo de Sincelajo. Véase por ejemplo: *El Tiempo*, diciembre 4 de 1981, p. 5A y 6A.

con los mismos militares por no ampliar su autonomía en el control del orden público; 4) con la Iglesia por los niveles de corrupción y de inmoralidad que presenciaban. Pero si le va mal con las “fuerzas vivas” a las que convocó en su posesión, con el sector político fue exitoso por la práctica del clientelismo, pues la distribución de la burocracia fue milimétrica; por eso, contó siempre con su apoyo. La única discrepancia fue con el sector de Lleras Restrepo que no consentía con su método; su repudió es tal, que en buena medida de allí surge la división del partido que se concreta con la aparición del movimiento: Nuevo Liberalismo.

En este contexto, para los liberales se planteó de cara al debate de 1982 una situación que se definía en torno a dos problemas:

1) La rotación de liderazgo a su interior, como alternativa frente al desgaste: en tal plano se movió la confrontación entre el llerismo y el sector de López y Turbay. El sector del expresidente Lleras Restrepo, que representaba para algunos a la burguesía industrial, se oponía radicalmente a la conducción del liberalismo por el turbo-lopizmo, al gobierno turbayista y a López, quizás por razones personales¹⁷; en todo caso, lo que era explícito era su condena al clientelismo practicado por aquel sector —que para otros representa a la fracción del capital financiero— y, por tanto, se reclamaba como el vocero del liberalismo, que debía tomar la bandera de su partido en las elecciones presidenciales de 1982, una vez más, pues ya en 1978 se había presentado a la disputa por la candidatura liberal con Turbay y perdió en un evento en el que no contó con el respaldo del presidente López, como sí su competidor según su misma crítica, en el marco del llamado Pacto de San Carlos. En la coyuntura de 1982 al parecer se presentó la mano vuelta de Turbay a López Michelsen, quien buscaba su reelección, hecho que despertó la suspicacia de la opinión pública.

2) El desenlace de esta disputa es la división del Partido Liberal, pues el candidato del Nuevo Liberalismo decidió ir hasta el final —el síndrome de los precandidatos—, dado que no compartía los mecanismos y los procedimientos con los que se ungió al candidato López Michelsen; Galán no se acogió a la Convención de Medellín pues no le brindaba garantías, ya que la decisión estaba tomada en contubernio con la Casa de Nariño. A Galán lo proclamó una Convención del Nuevo Liberalismo en Rionegro, que para los lopistas era espuria.

Como en una competencia deportiva, en la competencia liberal por la candidatura entre el llerismo y López Michelsen, se presentó una serie de precandidatos, que o bien luchaban por

¹⁷ Así lo percibía el mismo López M., cuando en entrevista decía que: “Las razones que lo asisten [a Lleras R.] para profesarme una antipatía, un rencor, una animadversión como aquella que hace gala, yo la ignoro por completo [...] no creo que los propósitos que le inspiren sean enteramente ajenos a consideraciones de carácter personal, más que a consideraciones de interés general” (Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, enero 17 de 1982). Marx en carta a Bloch considera que en la relación entre economía y política en el devenir “[a Lleras R.]” (Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, enero 17 de 1982) histórico en un momento determinado también juegan los intereses personales; en última instancia lo económico sí es determinante de la política.

ganar espacio propio en su colectividad o para abrir el camino a un determinado jefe. Así se puede entender el papel de precandidatos liberales en 1982: Augusto Espinosa Valderrama, dirigente liberal de Santander; Otto Morales Benítez de Caldas; Alberto Santofimio Botero, dirigente tolimense y controvertida figura dentro del Partido Liberal, quien era una de las opciones fuertes, empero para ese momento fungía en disidencia frente a la Dirección Nacional del Partido Liberal (DNL); y Virgilio Barco Vargas —al parecer llegó tarde—, quien fuera presidente en el siguiente periodo, de perfil diplomático y neutral aparentemente, contaba con el respaldo, en principio, del expresidente Lleras Restrepo. López M. surgió como candidato, siendo director del Partido Liberal; según su propia versión: la Convención Liberal reunida en Medellín en septiembre de 1981 lo escogió entre la candidatura disidente de Santofimio y la candidatura de “estilo un tanto académica” (López M.)¹⁸ de Barco Vargas; sus contradictores señalaban que su candidatura fue producto de una componenda en la que intervinieron los candidatos Santofimio y Espinosa en el llamado Acuerdo de Sincelejo, donde se preparó la Convención de Medellín, que en efecto lo proclamó como candidato oficial del liberalismo¹⁹, con la intervención tras bambalinas del presidente Turbay.

La Convención de Medellín acogió como orientación para la campaña electoral una plataforma, que el candidato López Michelsen agitó en los meses siguientes como de su propia cosecha, y que planteaba como puntos esenciales:

1) La afiliación del Partido Liberal a la Internacional Socialista (IS), punto que sustentaba con el argumento de que era la organización socialdemócrata que respetaba la libre empresa y la propiedad privada; muy distinta de la concepción marxista o de un socialismo que, para el candidato liberal, sí estaba apropiada por el candidato de la izquierda, Gerardo Molina; por otro lado, era una realidad que debía ser aceptada por las cuatro grandes democracias existentes en ese momento en América Latina: Venezuela, Ecuador, Costa Rica y Perú, por tanto faltaba Colombia; además, era del acervo ideológico del liberalismo colombiano: abreviar en las fuentes del socialismo, como lo proclamaron Uribe Uribe, Murillo Toro, Gaitán y López Pumarejo, decía López Michelsen; era una “oportunidad de tener a los partidos políticos europeos mejor enterados sobre las realidades latinoamericanas, para que no procedan mal informados” (López M.)²⁰. Para la periodista María Jimena Duzán, esta afiliación podía ser una táctica para captar opinión en la izquierda, lo cual refleja perfectamente un intelectual catalogado como tal y sobre lo cual afirmaba:

la propuesta en sí es sumamente importante, y no debe quedarse simplemente en un problema de López y la IS, sino en una

¹⁸ “Porqué acepté la candidatura”, entrevista a López M. en *El Tiempo*, noviembre 15 de 1981, p. 5B y última B.

¹⁹ “No retiraré mi candidatura”, entrevista a Luis Carlos Galán en *El Tiempo*, noviembre 13 de 1981, p. 4B y 6C); discurso de Luis Carlos Galán el 2 de diciembre de 1981 en el Hotel Tequendama: “El nuevo liberalismo, una nueva actitud” en *El Tiempo*, diciembre 4 de 1981, p. 5A y 6A.

²⁰ “Porqué soy candidato” en *El Tiempo*, noviembre 15 de 1981, p. última B.

propuesta para estudiar a fondo por parte del partido liberal y de otros sectores de izquierda organizada y no organizada.²¹

2) La paz fue punto central defendido por el candidato liberal, dado que era tema de primer orden en el país de Turbay y cuando el conflicto con los grupos armados estaba al “rojo vivo”; López M. señalaba ese fin como prioritario, pues el Partido Liberal no podía ir en contravía de la iniciativa “que con tan buena voluntad un grupo de ciudadanos está, con el beneplácito del gobierno, realizando gestiones de cuyo buen éxito depende el futuro del país en estos años”²²; adicionalmente, el programa liberal estimaba la paz como un principio doctrinario: “secundar soluciones de paz basadas en el respeto a las opiniones de todos los sectores” y la búsqueda de normalizar las instituciones no era privilegio de ningún grupo, pensando quizás que era bandera de todos los candidatos en 1982²³.

3) La federalización del país, para el candidato López Michelsen también era clave, pues de acuerdo a su experiencia de gobierno, los departamentos y los municipios debían manejar recursos propios que estaban en “manos de los institutos descentralizados, que en realidad deberían llamarse centralizadores, como son el INDERENA, Coldeportes, caminos vecinales, ICBF”, pues “el país no resiste más centralismo” y esa política de federalizar era mejor, en consideración a que “le corresponde al liberalismo plantear la liberalización del Estado, federándolo”, pues “solamente a través de la regionalización de la administración pública se podrán combinar los objetivos liberales de mantener y fortalecer la intervención estatal”²⁴.

4) En el plano económico, López M. creía que el control de los precios, el aumento de la producción agrícola, estimulando 13 productos alimentarios e incorporando 800 mil hectáreas en la agricultura, eran factores necesarios para minimizar la inflación y crear empleo, junto con el incremento de la capacidad de compra y el fortalecimiento de la demanda interna; la vivienda la consideraba primordial para la reactivación económica y el empleo. Preocupaba al liberalismo el déficit fiscal, cuya solución vislumbraba encausando los gastos de funcionamiento del Estado en sus niveles históricos, sin necesidad de recurrir a una reforma tributaria²⁵. En el programa de 1982, no se nota en López M. mucho aprecio por el “sector de exportaciones”, como sí lo tuvo en su gobierno; en realidad, examinaba la nueva situación internacional como determinante de la política económica nacional por las altas tasas de interés, la inflación mundial y el petróleo costoso. Se observa en últimas, que en su plan económico hay una mezcla de neoliberalismo con un sentido de ortodoxia liberal, que se expresa en la intervención del

²¹ María Jimena Duzán, “Cómo ve la izquierda a López, reportaje político con Álvaro Tirado Mejía”, en *El Espectador*, diciembre de 1981, s.f., s.p.

²² “Porqué soy candidato” (*Ibid.*). Recuérdese que funcionaba la Comisión de Paz presidida por Lleras R., quien renunció la víspera de la elección presidencial y López “apoyo la decisión adoptada por el presidente Turbay Ayala”.

²³ Véanse los programas de los cuatro candidatos en *Magazín Dominical de El Espectador*, mayo 23 de 1982.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *El Tiempo*, mayo 12 de 1982, p. 8A.

Estado y la protección a la demanda interna. La estrategia liberal se completaba, apelando al sectarismo frente al eventual triunfo del conservatismo, con un Congreso de mayoría liberal, lo cual para López sería de bastante “animosidad” en la zona rural, recurso conocido como la agitación del “trapo rojo” que le dio buenos resultados en 1974.

No obstante que el Partido Liberal en su conjunto ganó las elecciones parlamentarias el 14 de marzo, su victoria resultó pírrica porque quedó definida la división entre el sector oficial y el Nuevo Liberalismo. El sector de López M. alcanzó 2 millones de votos, el Nuevo Liberalismo 600.000 votos y el Partido Conservador muy cerca del oficialismo liberal con 1'800.000 votos²⁶. La tensión en el seno del Partido Liberal se rompió, en síntesis, por la compleja y crónica pugna del llerismo y el lopizmo, por la impronta del clientelismo que monopolizaba el último sector y por el procedimiento empleado para escoger el candidato liberal. De ese modo se cerraba el círculo de las diferencias entre dos sectores del Partido Liberal, que representaban concepciones distintas sobre el manejo del Estado y el estilo de hacer política; además la división no era coyuntural, era una disidencia del tipo MRL, que se prolongó hasta cuando su jefe, Luis Carlos Galán, decidió reingresar al Partido Liberal en 1988, tras su aspiración de alcanzar la presidencia de la República. Como lo sostiene el sociólogo francés, Daniel Pécaut (1987b), esta ruptura se explica como hipótesis, por la declinación de los jefes nacionales en los partidos colombianos, es decir es una ruptura en la estructura bipartidista de Colombia, que se evidenciará en los años noventa, luego de la promulgación de una nueva Constitución.

El Nuevo Liberalismo: renovación y catástrofe

El Nuevo Liberalismo (NL), surge de las entrañas del llerismo puesto que su líder y otros cuadros directivos importantes, se formaron al lado del expresidente Carlos Lleras Restrepo, en la redacción de la revista *Nueva Frontera*²⁷ y, sobre todo, coincidían ideológica y prácticamente en la lucha contra el clientelismo y la corrupción política de los partidos tradicionales; esto no significa, que como organización política disidente del Partido Liberal no hubiera alcanzado un desarrollo propio, desligado de aquel y con el cual pueda caracterizarse en el espectro del proceso político del país. En la medida en que se consolidaba organizativamente al NL, ingresaron otros directivos y sectores procedentes de otras tendencias ideológicas, que le completan el perfil; lo que no es óbice para establecer, en su formación inicial, el carácter familiar²⁸ en su orientación.

²⁶ Por esa razón el editorial del diario *El Tiempo*, reconocido como orientador del liberalismo, hace un llamado a la unidad tres días después de las elecciones parlamentarias: “Hoy más que nunca tememos que de no unirnos en torno de un solo candidato, el poder pasaría al conservatismo” (*El Tiempo*, marzo 17 de 1982, p. 5).

²⁷ De esa cantera salieron María Mercedes Carranza, Rafael Amador (senador) y Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia inmolado en 1984 por la mafia cuando ocupaba ese cargo.

²⁸ La actividad electoral la inició Galán con sus hermanos, su esposa Gloria Pachón y su cuñada Maruja y su esposo Alberto Villamizar y su primo Alfonso Valdivieso; ver Alonso Salazar (2003, p. 65): *Profeta en el desierto, vida y muerte de Luis Carlos Galán*.

Como disidencia se funda en noviembre de 1979, y con listas propias para el Concejo de Bogotá se lanza para los comicios de 1980, con éxito sorprendente al obtener dos curules. El NL en ese sentido, poseía un perfil distinto de la etapa, por la cual sobresalió a finales de la década: su lucha contra las mafias del narcotráfico; que fue más un énfasis por las circunstancias, que no desvirtuaron su objetivo de renovar las costumbres de la política colombiana, o sea su sentido, por así decirlo moral, de renovación política²⁹. Que no pretendió, ni mucho menos superar el sistema político de la nación, tan solo transformar la herencia que al bipartidismo le había dejado el Frente Nacional. Incluso se podría establecer una etapa de gobierno con César Gaviria Trujillo, en virtud de que fue su continuador, aún cuando ya dentro del Partido Liberal recogió las banderas de Galán —como dijo su hijo mayor en el funeral— y se ejecutaron parte o muchas de sus propuestas. Para nuestro propósito, solo tomaremos en cuenta la etapa de surgimiento.

Es un partido que con más de medio millón de votos —en el debate de 1982— encontraba audiencia en la clase media, media alta y en los jóvenes³⁰, pero su discurso no se dirigía, en realidad, a la clase popular; considerando la transformación de país rural a país urbano “se afianzó [el NL] en sectores urbanos medios, pero retrasó su llegada a la otra Colombia, la de las regiones alejadas” (Salazar, 2003, p. 64).

En la coyuntura electoral de 1982, cuando su líder Galán se confrontaba con la dirigencia tradicional por la presidencia de la República, sus ataques se focalizaron contra López M. y la dirección oficial del Partido Liberal, en virtud de que representaban el clientelismo y la maniobra política por excelencia, y ahí poco se diferencia de Lleras Restrepo, como ya se señaló; su deslinde definitivo con este, ocurrirá en el periodo siguiente, en torno a las circunstancias electorales de 1986 y por razones que ya se verán.

Programáticamente el NL defendía como plan de gobierno 10 puntos esenciales³¹, que iban desde lograr la paz, que en ese momento suponía levantar el Estado de Sitio, hasta la defensa de la soberanía nacional mediante una política exterior adecuada: en la que Colombia se destacara en el conjunto de países de América Latina. Definía la soberanía nacional, básicamente como el control que el Estado colombiano debería tener sobre la inversión extranjera y, por ende,

²⁹ En el famoso discurso de homenaje, el 2 de diciembre de 1981, el líder del NL, Luis Carlos Galán decía: “El nuevo liberalismo es una empresa de renovación nacional que implica coraje, estoicismo y un empeño perseverante; que no promete gajes ni prebendas sino que pide a todos los colombianos que quieran acompañarnos en este propósito de salvación nacional un esfuerzo solidario [...] nuestro ideal es que los colombianos lleguemos a ser una nación socialmente equilibrada, donde predomine una clase media fuerte y próspera y las clases proletarias tengan posibilidades reales de ascenso; una nación donde se progrese solo por medio del trabajo honesto y productivo” (*El Tiempo*, diciembre 4 de 1981, p. 5A). El subrayado es mío.

³⁰ Jaime Vidal Perdomo uno de sus directivos, así lo afirmaba :□ hay gran entusiasmo entre los jóvenes por el doctor Galán, se aprecia en todas las manifestaciones, inclusive la comparación de edad con el doctor López favorece considerablemente al senador santandereano[. . .] quiere decir que su mensaje de cambio ha sido recibido en sectores como el de los jóvenes y los abstencionistas. □ Lecturas Dominicales. *El Tiempo*, marzo 14 de 1982, p. 11., “ [.] (m14 .) ”

³¹ “No retiraré mi candidatura”, entrevista a Galán en *El Tiempo*, diciembre 13 de 1981, p. 6C.

a las empresas multinacionales con respecto de los recursos naturales, como el carbón; Galán empezó a ganar adeptos, denunciando, precisamente, la explotación de este recurso en El Cerrejón de La Guajira. Para entender el papel de la nación se necesitaba una identidad cultural y de valores “que le dieran sentido a nuestra sociedad”³². Sobre esa base había que construir una “democracia orgánica” que recuperara la forma representativa de la democracia en el país, desvirtuada por la herencia del Frente Nacional. Con la democracia económica y la democracia social se revela el talante claramente liberal de Galán, pues en la primera se aboga por una forma económica liberal, en “contra de los monopolios, los oligopolios y la concentración de la riqueza, los abusos de los grandes grupos financieros y por la eliminación de la miseria” (Corporación Prodemocracia, 1981, p. 9), con protección del empleo en el campo y la ciudad y todo bajo la intervención del Estado, pero sin que este se convierta en propietario. La segunda, tenía dos componentes: a) se proponía garantizar los ingresos reales, que clasificaba en los salarios como tal y los ingresos de la clase media; aclaraba que no se apoyarían peticiones “disparatadas” de los trabajadores y reconocía a los sindicatos como interlocutores válidos, pero dentro de un marco económico dado, por ser un buen vehículo en la redistribución del ingreso; y b) asegurar “nueve años de educación básica, gratuita y obligatoria”, articulación de la educación general con la técnica –estilo INEM– y propendía porque la universidad pública rediseñaría sus programas académicos en función del ciclo minero que para el NL “se avecinaba”.

La concepción del Estado partía, por la coyuntura de Colombia en ese momento, de reivindicar los derechos humanos en el país –derogatoria del Estatuto de Seguridad–; redefinición del Estado como tal en función de los nuevos factores de poder que vislumbraban: o sea protección no solo del individuo y el trabajo, sino también de la empresa local frente al poderío de las empresas transnacionales y en el mismo sentido, manejo y control de la información por el Estado, dado el contexto del avance de la tecnología y la ciencia; en la perspectiva de la coyuntura proponían se creara la nueva rama electoral y reiteraban la recuperación de la independencia del Congreso. En los ámbitos administrativos proponían la modernización de la Contraloría, el servicio civil, la justicia y el control estatal de la televisión. La “estrategia para el crecimiento económico y la igualdad social” abundaba en numerosos elementos que incluían desde la filosofía de la política económica hasta el análisis de la ecología y las ventajas comparativas de la economía nacional.

El NL defendía el aumento de la producción para garantizar el empleo y la moneda sana para contrarrestar la inflación: para ese fin los medios idóneos se daban en la protección, transformación de la industria y el sector terciario de la economía –con una industria básica en la que sobresalía la siderúrgica y la textil, con o sin recursos externos–. La modernización agropecuaria, a través de redistribución de la tierra por factores como la tecnificación,

³² Véase el documento No. 1, *Nuevo Liberalismo para una Colombia nueva*, Corporación Prodemocracia, Bogotá, 1981, p. 6 y ss.

política eficiente de aguas, infraestructura y “conversión de tierras de producción extensiva en emporios de productividad”; sobre esto implementaron la consigna de revolución tricolor: verde, por aumento de la producción agraria, azul, aprovechamiento del agua y roja, por un régimen de tenencia de tierra. Coincidió con López M., en la descentralización y en un aspecto de la “cuestión fiscal”; en lo primero, Galán, acentuaba la participación de las comunidades y la coordinación de las provincias, extendida a las áreas metropolitanas, que es lo que hoy serían las juntas administradoras locales (JAL), algunas de esas propuestas se plasmaron en leyes –Ley 14 de 1986 y modificación de las transferencias del IVA a los municipios– (Quiroga, 1989, p. 30-34); en lo fiscal, por el desbordamiento de los gastos de funcionamiento, pero se diferenciaba en la oposición al incremento de los impuestos indirectos, al retroceso en la inversión y a los crecientes empréstitos externos, dado que “el fisco ha sido el gran competidor del sector privado y por tanto no ha podido atender los requerimientos de la liquidez que le hace el sector privado” (Corporación Prodemocracia, 1981, p. 23). Finalmente, el programa de Galán destacaba la unidad física de la nación, en términos de su comunicación con todas las regiones y el papel que le asignaba a la ecología y el medio ambiente, especialmente la idea de recuperar el río Magdalena y su cuenca.

En definitiva, el Nuevo liberalismo propendía por una gestión del Estado diferente, a la impresa por los dirigentes oficiales de los partidos tradicionales, hasta entonces; la economía, para ellos, constituía un medio productivo, cuyo fin era el empleo y la explotación independiente por el Estado de los recursos naturales. En estos primeros años de la década del ochenta, su tensión con el régimen político prevaleciente era total, pero sin superar la reforma política, como era factible en un dirigente esencialmente liberal.

B) Partido Conservador: unidad relativa por el éxito

En estas condiciones al Partido Conservador no le quedaba sino aprovechar la situación electoral, que le brindaba la división del Partido Liberal, apoyando, no sin dificultades, un candidato que les aseguraba la unión de los dos sectores en los que el conservatismo sempiternamente se había dividido: la casa Gómez y la casa Pastrana.

A diferencia del liberalismo colombiano, que se distinguió –históricamente– por el factor de la disidencia, el conservatismo colombiano lo había hecho, en la segunda mitad del siglo XX, por la división entre dos grandes sectores: el laureanismo y el unionismo que tuvo dos versiones, primero, la representada por Mariano Ospina Pérez –presidente entre 1946 y 1950–, y luego por Misael Pastrana Borrero, quien también fue presidente entre 1970-1974. Estos sectores parecían dos casas dinásticas, pues actuaban como círculos cerrados que heredaban las

jefaturas. El origen de la división se remonta a los sucesos de “el bogotazo”³³, cuando Laureano Gómez fue excluido del gobierno Ospina, luego de su recomposición con la participación del Partido Liberal, hecho que nunca fue olvidado por el primero. En el gobierno de Turbay Ayala, ambos sectores estaban incluidos en la burocracia gubernamental, pero eso no borraba sus diferencias. Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano, siempre tuvo ambición de poder, por eso se postuló como candidato a la presidencia de la República en varias oportunidades, sin lograr esa meta; quizás fue el único de los jefes naturales de los partidos tradicionales que no pudo alcanzarla. Era un dirigente nacional por su acervo doctrinario, con poca receptividad popular por el papel que le atribuían en el periodo conocido como la violencia política de los años cincuenta. El otro sector, tenía como vocero a Misael Pastrana Borrero, quien fuera el último presidente del Frente Nacional, había heredado la jefatura del expresidente Ospina Pérez, fallecido en 1976 y, a su vez, “delegaría” el poder en su hijo Andrés Pastrana Arango, en los años posteriores, siendo también presidente finisecular; no era menos ambicioso que Gómez, pero sí más pragmático, de hecho participó en la burocracia de distintos gobiernos.

En 1980, Álvaro Gómez Hurtado planteaba que la concepción de la política debía ser la transformación social, a través de la opinión que debían ganar los partidos políticos para respaldar sus programas a corto plazo y con una idea amplia del desarrollo concertado entre estos. De alguna manera, me parece esbozaba la tesis del acuerdo sobre lo fundamental que se hizo famosa al final de la década. Es decir, planteaba la tesis de un Frente Nacional más radical que el de 1958 pero, según él, con un contenido programático y distinto en sus fines, de “eliminar la violencia” partidaria; por eso sostenía que este acuerdo:

tendría que destruir mayor cantidad de intereses creados. Debería vincular a zonas mucho más amplias de opinión que las que se vincularon al anterior frente nacional. Por eso creo que los liberales solos, que pueden ganar la dirección del Estado a través de las elecciones, no pueden sin embargo hacer una transformación social. Hoy el partido conservador no se presenta como alternativa en virtud de su división. (Gómez Hurtado).³⁴

Lo anterior, podría interpretarse como la preparación del terreno para el debate de 1982, dado que en el conservatismo justamente se ventilaba la conveniencia de aprovechar la división

³³ Miguel Uribe Londoño, documento “9 de Abril de 1948, así lo vivió el presidente Ospina” en revista *Guión* No. 34, julio 4 al 7 de 1984, p. 2-13. No obstante el líder conservador Álvaro Gómez Hurtado indica que la división surge desde el 13 de junio de 1953, cuando se tomó el poder Rojas Pinilla por presión del Partido Liberal y el sector ospinista del Partido Conservador excluyendo a Laureano Gómez que estaba en el poder a través del interpuesto designado de la época R. Urdaneta Arbeláez. Véase entrevista a Gómez Hurtado (“Quiero ser alcalde de Bogotá: Gómez Hurtado”, en *El Tiempo*, agosto 10 de 1980, p. 8A): “no creo que sea tan personal, porque la división viene desde antes que el doctor Pastrana y yo pudiéramos estar vinculados a las actuales fracciones. Han sido circunstancias históricas desde el 13 de Junio hacia acá, las que han provocado la actual polarización”.

³⁴ “Quiero ser alcalde de Bogotá: Gómez Hurtado” (*Ibid.*).

liberal, con un candidato que favoreciera la unión conservadora; Gómez Hurtado mismo no se consideraba la clave que jugará ese papel, aunque no lo descartaba, decía: “un buen candidato será quien pueda simbolizar ante la opinión pública lo que el conservatismo quiere y sea al mismo tiempo una solución [...] parece que yo simbolizo bastante el conservatismo, pero probablemente no soy solución”³⁵; por eso tal vez, lanzaba tácticamente a su amigo Rodrigo Marín Bernal como precandidato y competidor de Belisario Betancur Cuartas, el otro candidato, quien sin alinderarse con ninguna fracción podría conseguir la cohesión, además de contar con experiencia en esas lides, pues había sido candidato en 1970 y 1978, en esta última contienda bajo el marco de un movimiento nacional; recurso al que acudió históricamente el conservatismo³⁶ y que repitió en las elecciones de 1982, el mismo candidato Betancur y que le surtió efecto. Paradójicamente, en este periodo electoral, el Partido Conservador dividido históricamente pretendía ganar el poder al Partido Liberal dividido coyunturalmente, bajo un emblema “nacional”.

Finalizando 1981, estaban definidos los candidatos conservadores, cuya suerte se iba a dirimir en la Convención Conservadora: Gómez Hurtado y Belisario Betancur. El primero fuerte doctrinariamente, el segundo haciendo equilibrio, entre su supuesto amplio respaldo externo al Partido Conservador, su experiencia electoral de 1978 y el aval interno del sector de Pastrana.

En esas circunstancias, Gómez Hurtado defendía la propuesta política que consistía en los siguientes puntos: 1) defensa del sistema bipartidista, que no excluía la participación del Partido Liberal o de miembros de este; 2) afirmación y renovación de la institucionalidad: “la constitución, por ejemplo, he pretendido modernizarla, incrustando en ella creaciones del derecho público originales, colombianísimas” (Gómez Hurtado)³⁷; 3) la concertación como un principio, en la implementación de un nuevo modelo de desarrollo, la planeación y todos los asuntos de orden nacional o de la cuestión pública³⁸; 4) moralización de la administración pública: “Desde el gobierno se puede implantar un régimen de pulcritud con el castigo severo y ejemplarizante de los actos delictuosos” (Gómez Hurtado)³⁹; 5) eficacia del gasto público: “hay que restaurarle al Estado dos nociones básicas: la del costo-beneficio para que no se gaste sino lo que se reproduce y la del lucro cesante para que no se queden las cosas a medio hacer”; 6) recuperar el comercio exterior: “es necesario que los productos colombianos

³⁵ *Ibid.*

³⁶ En 1946 Ospina Pérez se impuso al Partido Liberal, merced a la división de este entre Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, con la propuesta de un gobierno de “unión nacional”, el cual pasó por dos etapas: antes y después del 9 de Abril.

³⁷ “Si yo fuera el candidato derrotaría a López” en *El Tiempo*, noviembre 22 de 1981, p. 6A y última C.

³⁸ La concertación es un punto reiterado en Gómez Hurtado que, como se mencionó antes, es una idea preliminar del famoso acuerdo sobre lo fundamental, antes del secuestro por el M-19 en 1988, según mi punto de vista; en esta coyuntura descrita, Gómez piensa la concertación como acuerdo no burocrático, entre los partidos tradicionales, pero con mayor respaldo de opinión a programas de ambos, ver por ejemplo lo expuesto en *El tiempo* (“Quiero ser alcalde de Bogotá: Gómez Hurtado”, agosto 10 de 1980, p. 8A).

³⁹ “Si yo fuera el candidato derrotaría a López” (*Ibid.*). Las siguientes citas corresponden a la misma referencia.

sean competitivos y puedan exportarse”; 7) necesidad de gran y nueva inversión; Gómez H., veía que en Colombia la inversión era débil, pero para que se produjera había que reformar la tributación: evitando la evasión, eliminando la doble tributación y sin “castigar a los que producen y trabajan”. El entonces candidato conservador, reclamaba que su programa era innovador porque este “era un verdadero cambio no solo del Estado sino del país” y, por tanto, imposible que lo planteara el Partido Liberal dada su responsabilidad en el estado de cosas existente. Pécaut le atribuye participación en el gobierno de Turbay.

Por su parte, el candidato Belisario Betancur Cuartas era un político avezado, de origen humilde, imagen que difundía con cierta frecuencia; había perdido las elecciones, en el periodo anterior por escaso margen, como ya se mencionó; así como tenía fama de progresista y socializante dentro de un sector de los conservadores, otros lo catalogaban de ambiguo⁴⁰. En el gobierno frentenacionalista de Guillermo León Valencia se desempeñó como Ministro de Trabajo, siendo acusado por sectores de izquierda y de los sindicatos de propiciar la represión a una huelga de cementeros, en Santa Bárbara (Antioquia). En 1970 se había lanzado como candidato disidente en contra del candidato oficial del Frente Nacional, Pastrana Borrero, al lado de otro candidato conservador, Evaristo Sourdis, consiguiendo una votación de algún peso. Parece que siempre jugó dentro de su partido como fuerza independiente sobre la base de recoger cierta cauda, que no necesariamente era de marca conservadora. Por eso, para la contienda que interesa, se presentó a la candidatura conservadora cobijado por un “movimiento nacional”, que se ajustaba muy bien a la estrategia conservadora de consolidar su probabilidad de obtener la victoria en mayo de 1982.

Remontar la pugna de tantos años dentro del Partido Conservador, no fue un proceso fácil. Tanto Gómez Hurtado como Belisario Betancur, se reclamaban como legítimos candidatos, merced a sus virtudes, tradición y argumentos ideológicos, en un caso; servicios prestados al colectivo azul durante 40 años y el apoyo de vastos sectores, en el otro caso⁴¹. Era un choque de trayectorias. Que se solucionó una vez desapareció la oculta pretensión hasta ese momento de Pastrana de ser candidato; quizás porque este sector no confiaba en la viabilidad de la candidatura Betancur, frente al candidato de la casa opuesta⁴². El 27 de noviembre, en un arrebato de realismo político, la Convención Conservadora optó por designar al candidato de mayor posibilidad de imponerse a los liberales divididos y que menos resquemor producía en el electorado.

⁴⁰ Obsérvese la 4ª pregunta del periodista al candidato Belisario Betancur en la entrevista que se titula “Mañana terminan 50 años de división conservadora” (*El Tiempo*, noviembre 26 de 1981, p. 1B).

⁴¹ *Ibid.* Pero especialmente, en la parte de sus datos biográficos en que invoca la candidatura de 1970 y la de 1978. En otro aparte dice algo que revela lo acentuado de la pugna entre él y Gómez H.: “el hecho de que reconozca la alta jerarquía política del doctor Álvaro Gómez Hurtado no significa que deba retirar mi candidatura acogida por vastos sectores de mi partido, de liberales independientes, de otros partidos y aún de gentes sin partido que ven, en una gran concentración nacional de electores, la única salida real de la encrucijada a la que ha sido llevado el país”.

⁴² Esto parece deducirse de la misma entrevista a Betancur citada, cuando responde: “Sí estoy seguro. Y para afirmarlo no tengo que invocar mis conversaciones privadas con el doctor Pastrana, sino testimonios públicos que corresponden a alguien que tiene un ejemplar sentido del acontecer político, de su liderazgo como figura mayor del conservatismo, y figura estelar del país” (*Ibid.*).

En resumen, la contradicción entre los candidatos Gómez y Betancur era doble. Para el primero, porque rechazaba la propuesta de “movimiento nacional” de Betancur, merced a que esta desvirtuaba el sistema bipartidista, además, lo encontraba ambiguo y populista. Se enfrentaba con Pastrana, como jefe del partido y por el sectarismo crónico; Gómez, en verdad, no contaba con la fuerza suficiente en el Partido Conservador para haber impuesto su candidatura. El candidato Betancur, no cedía frente a su competidor basado en su supuesto mayor apoyo electoral e idéntica legitimidad; tenía una posición más cómoda en la organización partidaria⁴³.

La propuesta política de Belisario Betancur contemplaba una consideración respecto de la paz, más encaminada a intervenir los “agentes impersonales”, que en su gobierno se publicitó como los factores objetivos, los cuales determinaban la subversión; es decir, la pacificación no era tan explícita en su plataforma, como sí lo fue en su acción gubernamental, que adquirió notable importancia. En la campaña no se descalificó la Comisión de Paz conformada por el gobierno. En el manejo político, planteó cumplir el artículo 120⁴⁴ de la CN matizándolo con el nombramiento de un Ministro del Interior liberal, como del Contralor y de enviar una terna a la Cámara de Representantes para que designaran un Procurador, también liberal. Semejante a la propuesta de Galán, proponía Betancur la creación de un poder electoral para que tecnificará la función de esta rama del Estado. Buscaba la modernización de la carrera administrativa, dándole carácter técnico a los cargos; en buena medida era un punto que recogía del proyecto de Gómez H.⁴⁵, aunque en mi perspectiva esta última tenía mayor profundidad; Betancur entendía la administración y así se aplicó en su gobierno, como simple congelamiento de la nómina oficial, además de frenar los gastos de funcionamiento. En el aspecto de la descentralización, la mayoría de los candidatos coinciden: Betancur a tono con su partido, se oponía al federalismo –bandera liberal– siendo partidario de la centralización política y la descentralización administrativa, lo que suponía ampliar las funciones de los departamentos y los municipios, pero con su pertinente base financiera⁴⁶.

Su perspectiva económica se centraba en un modelo de desarrollo, planteado como la alternativa a la “idea del desarrollismo” de Gómez H., entendido como “el prestigio del trabajo honrado y la producción”, lo cual implicaba incrementar las tasas de crecimiento económico con resultados positivos en la industria, la agricultura y la construcción y por tanto en el empleo; medidas adicionales eran: lucha contra la inflación, eliminación de la doble tributación, estímulos de

⁴³ “Mañana terminan 50 años de división conservadora” (*El Tiempo*, noviembre 26 de 1981, p. 1B).

⁴⁴ *Magazín Dominical de El Espectador*, mayo 23 de 1982, p. 7.

⁴⁵ En Gómez Hurtado, se aprecia la connotación de Weber sobre el sentido profesional de los cargos y que se deben a éste, cuando planteaba que: “cuando ellos [los empleados] no sean agentes de los políticos sino verdaderos servidores de los organismos estatales” (*El Tiempo*, noviembre 22 de 1981, p. última C).

⁴⁶ “La gran propuesta nacional”, documento del partido conservador elaborado por Rodrigo Lloreda et al., citado por María Luisa Mejía en el artículo “Más allá de la sonrisa del candidato” (*Lecturas Dominicales de El Tiempo*, mayo 12 de 1982, p. 8-12).

CAT y otros incentivos para la creación masiva de empleo⁴⁷, lo mismo que para la inversión; el desarrollo para el candidato azul debía ser un esfuerzo no solo del Estado, sino también de la empresa privada, pero con reglas claras en la política económica: “El sector privado debe conocer las alternativas existentes y cómo el Estado se propone manejar sus mecanismos de incentivos o de controles monetarios y económicos”⁴⁸.

La política social se inspiraba en la justicia social católica –“última encíclica de Juan Pablo II”– y se definía por la contratación del desarrollo cuyo eje era el empleo, pero se completaba con el aumento del valor agregado nacional tanto en el sector productivo como en el sector externo⁴⁹.

Sin embargo, el ariete de su plataforma de gobierno fueron las propuestas de la vivienda sin cuota inicial para los sectores medios y bajos y la universidad abierta y a distancia, las cuales cobraron importancia en el transcurso del debate electoral con el candidato liberal, y que se cobijaron bajo la consigna del “sí se puede”. Esta fórmula bien pudo coadyuvar al triunfo de Belisario Betancur en el ascenso al poder del Partido Conservador en mayo de 1982, luego de casi una década de privación del poder.

C) Izquierda Democrática: pérdida de peso o cediendo el paso

Desde la perspectiva actual se entiende, en este trabajo, por partidos de izquierda democrática aquellas agrupaciones políticas que no detentaban el poder, se oponían al orden de cosas establecido y buscaban su transformación. Pero realizaban su actividad en forma abierta y legal. Específicamente, se examinan en esta categoría el Partido Comunista Colombiano (PCC), el MOIR, el movimiento FIRMES y las coaliciones conformadas por estos en este periodo: la Unión Nacional de Oposición (UNO) y el Frente por la Unidad del Pueblo (FUP).

Para la izquierda democrática la década del ochenta implicó –a manera de hipótesis–: 1) El desplazamiento en el liderazgo del proceso opositor y de cambio, por las organizaciones insurgentes armadas, o sea por la guerrilla en general, bien como al comienzo del decenio, por el M-19, bien por las FARC posteriormente. 2) Enfrentar los embates del paramilitarismo y de la represión estatal hasta prácticamente su extinción, especialmente de forma drástica en el sector orientado por el PCC, la Unión Patriótica (UP), que fue una coalición surgida de los acuerdos de paz con el gobierno de Belisario Betancur en 1984.

⁴⁷ Véase *El Tiempo*, noviembre 26 de 1981, p. 1B.

⁴⁸ *Magazín Dominical de El Espectador*, mayo 23 de 1982, p. 5.

⁴⁹ *El Tiempo*, noviembre 26 de 1981 (*Ibid.*). En el punto en que se expone el otorgamiento de divisas a los importadores que abastecieran de materias primas a la industria o, elementos para reexportación de productos terminados, ya se esboza la idea de lo que posteriormente se llamarían las maquilas industriales.

En este primer periodo, se registrarán los hechos relativos al proceso político como tal y lo relativo al debate electoral de 1982. En primer lugar, permítase una breve descripción de la situación de estos partidos ad portas de los años ochenta: la década del setenta deparó el fortalecimiento de las organizaciones de izquierda de diversos matices ideológicos—ortodoxos y heterodoxos—, que se hizo notable en la influencia de estos en los sectores sindical, de estudiantes e intelectuales, empleados y sectores del campesinado; dos organizaciones, especialmente, mostraban alcance nacional: el PCC de orientación pro soviética y el MOIR de orientación maoísta; su capacidad electoral, aunque baja, les había permitido elegir representantes en el Congreso de la República y en corporaciones regionales y locales, en el marco de la alianza de la UNO que en su momento resultó sorprendente dadas las disputas de estos dos partidos. La UNO⁵⁰ en 1974 obtuvo cerca del 3% de la votación en la contienda presidencial de dicho año. Al finalizar la década del setenta y cuando arreciaba la protesta social, motivados principalmente en diferencias ideológicas atinentes a la situación internacional del movimiento comunista, la UNO se dividió, quedando bajo el control del PCC. El MOIR conformó por su parte el FUP con grupos de izquierda más pequeños y sectores de la ANAPO. Ambos partidos pretendían ser artífices de la creación de un frente de masas que liderara el proceso político de alcanzar la independencia nacional y configurar un Estado democrático radical. En 1978 cada uno de estas coaliciones presentó candidatos presidenciales que provenían de la antigua ANAPO: Julio César Pernía por la UNO y Jaime Piedrahíta Cardona por el FUP⁵¹. Ni la UNO ni el FUP se pueden catalogar en sí mismos como organizaciones marxistas; eran aparatos de los dos partidos descritos, que admitían miembros con distintas valoraciones, los cuales sí se identificaban con la plataforma política de este y no con la de los partidos.

Si bien es cierto que los años setenta marcaron una “performance” para la izquierda democrática en la medida en que estructuraron un proyecto político⁵², que en un momento dado —*ceteris paribus*— se podía considerar, potencialmente, una alternativa a la hegemonía de los partidos tradicionales, también lo fue que sus diferencias ideológicas que consultaban, al parecer, más los factores externos que la realidad nacional, los mostraron al finalizar los setenta incapaces de abocar la crisis política y económica que vendría en los años 80 y en la cual los nuevos factores que aparecieron, los dejaron dramáticamente “fuera del juego”: el militarismo, la violencia, el paramilitarismo, el conflicto armado y el narcotráfico.

⁵⁰ La Unión Nacional de Oposición (UNO) se creó en septiembre de 1973 y la conformaron: el Partido Comunista, el MAC -Movimiento Amplio Colombiano (disidencia de ANAPO) y el MOIR; su candidato fue el senador antioqueño Hernando Echeverri Mejía que obtuvo 140 mil votos en 1974, enfrentado a López M., Álvaro Gómez H. y María Eugenia Rojas.

⁵¹ En estas elecciones presidenciales de 1978, el candidato Pernía de la UNO mantuvo su votación de 1974 y Piedrahíta del FUP logró cerca de 70 mil votos y eligió un senador y un representante a la Cámara Baja.

⁵² Esta afirmación podría ser una hipótesis para otra investigación; se refiere a que los diversos grupos de izquierda en estos años han logrado cuajar organizaciones con bases sociales que, aunque no sólidas en cuanto clase, implican que el proyecto de partido obrero está en marcha, además son partidos de alcance nacional y que planteaban estrategias y salidas que estaban por verificarse.

En la perspectiva de corto plazo —del periodo— en los albores de los ochenta la izquierda democrática estaba dividida, en forma que parecía irreconciliable. Si en la otra orilla del espectro político colombiano eran normales la división y las disidencias, en la izquierda nacional también lo eran, pero por causas diferentes: orígenes ideológicos derivados de procesos internacionales; de diversas concepciones sobre la realidad histórica de Colombia, que determinaban la acción política en cada uno y que excluía radicalmente a los otros, hasta convertirlos en enemigos.

No obstante, dos años antes había surgido el movimiento FIRMES que se presentaba como alternativa a las limitaciones de la izquierda democrática “tradicional”. FIRMES aglutinaba a sectores intelectuales urbanos, a grupos pequeños de la izquierda que se disolvieron en este movimiento e individuos con la misma procedencia; no se matriculaba propiamente en ningún campo internacional, pero en principio guardaba simpatía por la socialdemocracia; el núcleo dirigente provenía, en gran medida, al menos sus promotores, de la academia y de los editores de la revista *Alternativa*. En las elecciones de mitaca de 1980 tuvo un relativo buen resultado electoral, al elegir concejal en Bogotá y diputados en varias asambleas departamentales; en los acontecimientos relacionados con la restricción de libertades y de los derechos humanos en este periodo, realizó un papel de cierto protagonismo en la iniciativa que se llamó como la apertura democrática, al lado del sector de la UNO; de igual manera, participó en las gestiones de paz para conseguir una amnistía amplia para los alzados en armas y, de hecho, algunos de sus miembros fueron nombrados en la Comisión de Paz, que en 1982 conformó el gobierno de Belisario Betancur. Para el debate electoral de 1982 constituyó con la UNO y el PCC un frente electoral cuyo candidato fue el intelectual Gerardo Molina, justamente miembro de este movimiento y sugerido al campo de la UNO, por FIRMES en julio de 1981. Luego del debate electoral el movimiento languideció completamente.

El PCC, fundado en 1930, era el más fuerte de los partidos de izquierda por su mayor influencia en el sindicalismo, de hecho controlaba la central sindical CSTC; tenía mayor organización: difundía semanalmente el periódico *Voz Proletaria* con tiraje nacional, su militancia era más numerosa que la del MOIR y su trabajo político cubría diversos frentes sociales. Sin embargo, era muy criticado por grupos radicales por su adscripción al entonces Estado soviético y por determinadas conductas políticas en su trayectoria que, según aquellos, comprometían su

“entereza clasista”. Tenía vínculos con las FARC⁵³ y en no pocas ocasiones alentaba su accionar; para algunos era un frente de masas, al que orientaba.

Para la época el PCC focalizaba su acción en configurar un frente político con amplia cobertura social, para enfrentar la “ola reaccionaria”, que se alzaba sobre el país y que se traducían en detenciones de personas destacadas en el arte o la política, que se expresaban en contra del autoritarismo del gobierno Turbay, incluidos militantes del PCC y de la UNO como el poeta Luis Vidales, por ejemplo. En estos años fue conocida la actividad de la “apertura democrática” que se proponía contrarrestar el militarismo prevaleciente con la reivindicación de los derechos humanos, era una estrategia que animaban los comunistas amparados en una serie de actividades como foros de los derechos humanos en los cuales participaban diversas fuerzas y personalidades de la política nacional. Se buscaba, al mismo tiempo, articular esta acción con: 1) la presión sobre el gobierno con el fin de exigir un “acuerdo nacional para una verdadera amnistía, el levantamiento del estado de sitio, la desmilitarización de las regiones agrarias, las más amplias libertades y derechos sindicales”⁵⁴; y 2) la conformación de un frente electoral unitario, para el debate de 1982, que planteara plataforma única y candidato único, para lo cual sugerían seis nominaciones de candidatos a la presidencia de la República e incluían el nombre de Gerardo Molina, propuesto a la sazón por FIRMES.

En el ámbito puramente reivindicativo de lo social, se realizó el segundo paro cívico nacional el 21 de octubre de 1981, impulsado por la CSTC principalmente, con discutibles resultados, pues no movilizó al sector sindical ni repercutió en la opinión pública como sí ocurrió con el paro cívico de 1977. En buena medida, el mediocre impacto obedeció al desgano de las centrales sindicales UTC y CTC y a la resistencia abierta de la CGT. Las condiciones políticas de 1981 no eran las mismas de 1977, las cuales permitieron la confluencia de todas las centrales obreras. No obstante, tuvo mucha significación para el PCC por la perspectiva de afincar en el movimiento obrero la unidad democrática bajo su égida.

⁵³ Eduardo Pizarro (1991) en su libro: *Las FARC. De las autodefensas a la combinación de todas las formas de lucha (1949-1966)*, indica el que él llama el estrecho vínculo del PCC con las FARC, citando una entrevista de Martha Harnecker a Gilberto Vieira en la cual este dice: “Frente a la violencia del gobierno, de las fuerzas reaccionarias, era necesario organizar la violencia de las masas mediante la autodefensa. Se comenzaron a organizar destacamentos de autodefensa, especialmente en las regiones campesinas que dirigía el Partido Comunista. Este contaba en ese momento con un importante trabajo en el campo, pues, desde los primeros años de su existencia, había desarrollado una intensa actividad entre los campesinos” (Gilberto Vieira, “Combinación de todas las formas de lucha: entrevista por Martha Harnecker, Ediciones Sudamérica, Bogotá, 1988, p. 10-11”). Y el propio Pizarro (1991) agrega: “A partir de la experiencia militar que adquirirá el Partido Comunista en los años de la violencia, ya nunca más se desmovilizarán del todo las guerrillas que inspira; el cambio en la situación política podría llevarlo a una flexibilización de la táctica militar en el terreno (mediante su transformación en autodefensa), pero ya la lucha armada quedará inscrita en su seno histórico. Circunscrita inicialmente en el ámbito estrecho de una táctica de resistencia, irá transformándose a medida que el conflicto se prolonga, ante la actitud intolerante de las élites para ampliar los espacios democráticos, en un componente estratégico para acceder al poder” (p. 37-38).

⁵⁴ Carta de los comunistas al movimiento popular, en *Voz Proletaria*, julio 30 de 1981, p. 5.

En suma, la dinámica del Partido Comunista al decir de su dirección, en estos años, se cifró en la lucha social, que tuvo su auge con la realización del segundo paro cívico nacional; en la acción política, por “la amnistía y la paz”, y en la campaña electoral de 1982 con la misma intención, en la cual confluyeron los mismos sectores de su influencia y FIRMES.

En el proceso político electoral el PCC criticaba la candidatura liberal de López, que alcanzada en “juego amañado” y recogiendo las clientelas del turbayismo, se presentara demagógicamente como el candidato de la paz; veían en Galán, aspectos positivos por la defensa de los recursos naturales, y su actitud favorable a la paz y las libertades, pero al mismo tiempo le achacaban limitaciones, en tanto reducía su política al antilopismo, y su timidez frente al cambio democrático⁵⁵. En los conservadores estimaban la controversia por la candidatura de esa agrupación, como un reacomodamiento de la derecha, merced a los esfuerzos de Gómez H. por desvirtuar la aspiración de Betancur, soportada en un movimiento nacional y quien tenía –según ellos– “más simpatías en la base conservadora”; decían que aquel pretendía ganar el poder, con el fin de distribuir la burocracia según su criterio y consolidar “los elementos más reaccionarios del poder y el militarismo”⁵⁶. Entonces, se debía plantear como alternativa electoral de la izquierda un candidato, una campaña y un programa único. De esa forma, en efecto, se conformó el Frente Democrático, cuyo candidato fue el intelectual y demócrata Gerardo Molina con un programa que incluía puntos de aspiraciones sociales y democráticas de sectores de trabajadores, campesinos, indígenas, empleados y de defensa de las riquezas naturales y de la universidad pública, alza general de salarios, levantamiento del Estado de Sitio, amnistía general y la solidaridad internacional en la “lucha contra el imperialismo norteamericano”.

En contraste con el Partido Comunista el MOIR era un partido con menor antigüedad, pues se había fundado en 1965 con el nombre de MOEC⁵⁷, pues de esa tendencia provenía. De los muchos grupos existentes en la Colombia de los años setenta, pertenecientes a la corriente maoísta –llamados ML– el MOIR era el que tenía mayor influencia en capas de estudiantes, de empleados, de maestros, de algunos sectores de clase media y de campesinos; influía relativamente en el sector de sindicatos independientes. Se convirtió en una organización de ámbito nacional a partir de su influencia en el movimiento estudiantil de 1971. Ideológicamente reflejaba en Colombia la división que se produjo en los años sesenta en el movimiento comunista internacional, o sea la pugna entre China y la Unión Soviética; mucho de su acervo ideológico encontraba su fuente en los postulados maoístas, los cuales aplicaban de forma estricta a la realidad nacional, empezando por la tesis de la “Nueva democracia”, que

⁵⁵ Informe del Comité Ejecutivo Central del Partido Comunista al pleno del Comité Central reunido en Bogotá el 6 y 7 de noviembre de 1981 (*Voz Proletaria*, noviembre 19 de 1981, p. 5 y 6).

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ El Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano (MOEC), fue uno de los primeros grupos que surgieron en América Latina, luego de la revolución cubana, compuesto por jóvenes de origen social medio y urbano; su dirigente principal fue el estudiante Antonio Larrota, quien murió en esa “empresa”; el dirigente del MOIR, Francisco Mosquera, salió de esta agrupación.

le suministraba la pauta en su accionar político. Se oponía virulentamente al PCC⁵⁸, como la mayoría de grupos de izquierda marxista, por razones ya mencionadas. En 1972, participó por primera vez en la lucha electoral, definida como una estrategia para difundir sus tesis, ganar adeptos y construir un frente antiimperialista, el cual acogería, incluso a sectores nacionalistas de las clases dominantes. En 1973 hicieron alianza con el PCC en una organización común, que se denominó Unión Nacional de Oposición (UNO), en la cual también participó un grupo disidente de la declinante ANAPO, el Movimiento Amplio Colombiano (MAC). A raíz de las diferencias sobre el apoyo a Cuba y por “posiciones políticas del PCC frente al gobierno de López Michelsen” se rompió la coalición de la UNO. Desde 1977, el MOIR se consagró a conformar un frente amplio de masas en la perspectiva del frente antiimperialista ideado; en primera instancia, para los años del periodo estudiado se creó, en un plan electoral, más bien, el Frente por la Unidad del Pueblo (FUP), el cual se integró por una parte del MAC, de sectores independientes del liberalismo como el Movimiento Independiente Liberal (MIL), liderado por la periodista bogotana Consuelo de Montejo, y otros grupos pequeños de la corriente ML. Para la contienda electoral de 1978 su candidato fue el dirigente del MAC y senador antioqueño, Jaime Piedrahíta Cardona, quien obtuvo sesenta mil votos; el FUP eligió un representante al Congreso, un concejal en la capital y cerca de 3 diputados en asambleas departamentales.

Tanto el PCC como el MOIR en los tempranos años ochenta estuvieron determinados por la dinámica de estos frentes y por sus objetivos partidarios; en lo primero parecían semejantes, pero la diferencia era abismal: la UNO con la pauta del PCC enfatiza, como vimos, la cuestión de la paz y la amnistía; el FUP se orienta por el tema nacional y de lucha de clases. En lo segundo, el MOIR atravesó por dificultades internas al sufrir dos disidencias en sus filas, en 1978 y 1981. De otra parte, su horizonte político cambió en los años ochenta al colocar como blanco de la independencia nacional a la Unión Soviética, luego de la invasión de esa potencia a Afganistán. La explicación de este “viraje” estriba en dos aspectos: uno, la inmersión de Colombia en el conflicto Este-Oeste por la cercanía de un foco clave del mismo: Centroamérica con la presencia de dos actores principales, Cuba y Nicaragua; y dos, la presencia de un grupo armado influenciado ideológica y políticamente por ese poder, en Colombia: las FARC, que en ese momento se adscribía, precisamente, al PCC.

Este factor se manifiesta en su discurrir político de estos años de dos formas: aislarse de los eventos de masas promovidos desde el PCC, centrando su actividad con otras fuerzas, y no abandonar su base social y el FUP. En ese sentido, su acción en los sindicatos no varía

⁵⁸ Véase declaración de Francisco Mosquera a *El Espectador* (julio 13 de 1980), citada por *Tribuna Roja*, órgano del MOIR, No. 37, febrero de 1981, que entre otras se dice: “En la actualidad actúan de agentes de la expansión soviética [...] su internacionalismo no pasa pues de ser vulgar chovinismo pro-soviético. Y en la política doméstica son ahora los principales instigadores de la contracorriente reformista que pretende el apuntalamiento de la democracia burguesa, o sea de la dictadura oligárquica reinante, por medios democráticos, y cuya máxima ambición estriba en llegar a un gran ‘pacto social’, una especie de contrato rousseauiano entre explotadores y explotados, en un país como Colombia, sometido por el imperialismo norteamericano y en las postrimerías del siglo XX”.

esencialmente, como también en otros frentes de trabajo de masas; electoralmente bajo el marco del FUP buscaban ganar posiciones con sus aliados y en la concientización en su zona de prestigio de la lucha por los derechos humanos y la “apertura democrática” como de simple carácter reformista –liberal– y no revolucionario. De ahí la negativa a participar en la Comisión de Paz, por ejemplo, convocada por el gobierno de Belisario Betancur en 1982.

Para las elecciones de 1982 se presentaron con dos candidatas: en principio con Consuelo de Montejo –directora del periódico *El Bogotano*– y de forma definitiva con un candidato simbólico, extraído de sus propios cuadros de dirección, Marcelo Torres Benavides, quien había sido líder del movimiento estudiantil de 1971. El sentido de la atípica campaña, se puede interpretar, como la manera de sentar un precedente y no pasar en blanco en una coyuntura difícil para el MOIR –dentro del llamado desierto liberal– por la renuncia de su candidata y por la desertión de un grupo que salió a unirse, supuestamente, a la “ofensiva final” lanzada por el M-19 en 1981 o a plegarse a la “corriente liberal”. Entonces el objetivo de esta, perseguía resaltar: la denuncia contra la represión y la violencia, advertir sobre la amenaza social-imperialista en el país y clarificar en sus propias filas el tema del liberalismo en la izquierda.

Como síntesis de este primer periodo se encuentra que la izquierda democrática colombiana, más allá de señalar que se dibujaron dos tendencias, una radical y otra moderada, lo que se destaca es la defensa de su prevalencia en la vida política nacional en torno de los frentes sociopolíticos contruidos: UNO y FUP. En estos se consumieron su mayor energía, pues de estos dependían la proyección tanto interna como externa del PCC y el MOIR. En lo atinente al debate electoral de 1982 con dos eventos complementarios: de Parlamento y de presidentes, el balance fue de sombras, en términos de los votos logrados, dado que hubo cierto retroceso para los dos partidos referenciados⁵⁹. De luces por la calidad de las propuestas, si lo comparamos con el debate de los partidos tradicionales y lo emblemático que resultaron los candidatos presidenciales para cada uno de los bandos⁶⁰.

D) La Guerrilla: insurgencia tras el liderato o del M-19 a las FARC

En el decenio de los ochenta el movimiento guerrillero fue el principal protagonista del proceso político colombiano, opacando a los partidos y grupos de la izquierda democrática. Porque se presentó una ruptura en su estrategia: abandonó su trasegar defensivo en las montañas y se convirtió en interlocutor político con el Estado, a la vez que la acción militar asumió carácter ofensivo. El M-19 fue quien promovió con mayor diligencia que las FARC esta “innovación”

⁵⁹ Ver: “El despelote de la izquierda, cómo ven los afectados su fracaso electoral”, mesa redonda en *El Tiempo*, en la que participaron Marcelo Torres del MOIR, Carlos Bula del movimiento FIRMES, Socorro Ramírez de FIRMES, Hernando Hurtado del PCC, Luis Carlos Valencia del Partido Socialista de los Trabajadores (PST). En *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, abril 25 de 1982, p. 4-7.

⁶⁰ Para una comparación de las propuestas de los candidatos Gerardo Molina y Marcelo Torres, consúltese la entrevista al candidato del Frente Democrático, G. Molina: “Por qué acepté sin tener posibilidades” (*El Tiempo*, diciembre 20 de 1981, p. 3B), y la participación del candidato Marcelo Torres del FUP en entrevista exclusiva: “Los candidatos al Concejo de Bogotá” (*Revista Estrategia*, abril de 1982).

entre 1980 y 1983, expresada en propuestas como el gran “diálogo nacional” y la negociación de paz que adelantó con el gobierno Betancur, en medio de la ofensiva guerrera, iniciada desde 1981. Paulatinamente, en los siguientes años se sumarán a aquella el resto del variopinto movimiento guerrillero colombiano: EPL, ELN, Movimiento Quintín Lame y el ADO. Pero fueron las FARC, a la postre, las que capitalizaron este viraje, en la medida en que les reportó una importante expansión territorial, aunque también le trajo la fallida creación de la Unión Patriótica (UP)⁶¹.

El M-19 se creó como respuesta al fraude a Gustavo Rojas Pinilla en las elecciones del 19 de abril de 1970 y apareció públicamente en 1974, con la sustracción de la espada de Bolívar de la Quinta de Bolívar en Bogotá. Lo integraron dirigentes que procedían de varios grupos guerrilleros: ELN, EPL, FARC y del mismo partido, de la ANAPO. “Personas que venían cansadas de luchas estériles dentro de la izquierda”⁶². Fue un grupo guerrillero que primero operaba en las ciudades, un poco al estilo de la guerrilla urbana de “los tupamaros” en Uruguay, pero no era una fuerza típicamente urbana; también fue una guerrilla rural como sus émulos castristas.

La impronta urbana proviene de su origen sociopolítico: las masas anapistas, que por la frustración del “robo electoral” dan pábulo a su eclosión⁶³, constituyéndose como base social; aspecto intrínseco que, de por sí, le marcó una diferencia con los demás grupos guerrilleros. No tenía un perfil ideológico definido, se consideraban socialdemócratas y seguidores de las ideas de Bolívar. Su objetivo no era “organizar una revolución socialista”, sino democratizar el país en todos los campos⁶⁴. Se reclamaban demócratas nacionalistas; al respecto su comandante Bateman afirmaba:

Pensamos en un gran país donde la democracia no sean la oligarquía liberal y conservadora, sino un país donde esa democracia sea la de un pueblo liberal, conservador, comunista, socialista. Un nacionalismo sano, un nacionalismo popular, revolucionario, porque nosotros pensamos que hay que revolucionar este país.⁶⁵

A pesar de su afirmación nacionalista, en su formación habían sido permeados por la experiencia de dos organizaciones continentales, de los Tupamaros y de los Montoneros en

⁶¹ El sociólogo Eduardo Pizarro critica al PCC por no entender que el éxito electoral de la UP fue el momento propicio para la desmovilización de las FARC, pues la fórmula combinatoria recaería sobre los dirigentes y militantes que hacían el trabajo legal como respuesta a las acciones de las FARC (Pizarro, 1991, p. 207).

⁶² Germán Castro Caycedo (1980), “Obligado a preguntar, yo soy el comandante general”, Serie de entrevistas a Jaime Bateman Cayón, líder del M-19 (*El Siglo*, mayo 4 de 1980, p. 7). (Las ideas que siguen toman esta referencia, a menos que se indique lo contrario).

⁶³ *Ibid.*, *El Siglo*, 5 mayo 5 de 1980, p. 6.

⁶⁴ “Nosotros estamos planteando la democratización de la economía. Y cuando hablamos de democratización, sencillamente le estamos diciendo a los capitalistas colombianos... en primer lugar que sean nacionales. En segundo lugar, que luchen para que no sean asfixiados” (*El Siglo*, mayo 6 de 1980, p. 7).

⁶⁵ Entrevista a Jaime Bateman Cayón (*El Siglo*, mayo 11 de 1980, p. 7).

dos hechos: la concepción político-militar fue tomada de los segundos –luego desarrollada por el M-19– y, de los Tupamaros –sostuvo Bateman–: “tomamos la audacia en la propaganda armada” (Villamizar, 1995, p. 69 y 70).

Se distinguieron por las acciones espectaculares, desde su aparición, como los asaltos a bancos y a camiones repartidores de alimentos, para distribuirlos entre pobladores de barrios pobres; el secuestro a empresarios, para favorecer demandas laborales. Sus operaciones más publicitadas fueron el asesinato del líder sindical de la CTC, José Raquel Mercado, el robo de las armas al Cantón Norte y la toma de la embajada dominicana. Precisamente, en torno de ese hecho fue que presentaron, en 1980, la propuesta del “diálogo nacional”, con la cual se contribuyó a la ruptura con las guerrillas de los años sesenta⁶⁶.

El robo de las armas al Cantón Norte del Ejército, en Bogotá, había desatado una feroz persecución sobre el M-19, que acarrió la detención de un vasto sector de militantes y de sus dirigentes, así como confesiones sacadas con torturas a estos. No sería exagerado decir que para el M-19 la reacción de los militares representó un serio revés, pues en pocas semanas aquellos no solo recuperaron la mayor parte del arsenal sustraído⁶⁷, sino que desvertebraron parcialmente la organización y colocaron en prisión a buena parte de su comando central. También es verdad, que el M-19 se reorganizó rápidamente y contraatacó al gobierno con golpes publicitarios, asaltos a algunas poblaciones y toma a sedes de medios de comunicación. La acción más audaz la constituyó, precisamente, la toma el 27 de febrero de 1980 de la embajada de la República Dominicana, en la cual quedaron como rehenes doce embajadores y cerca de cuarenta diplomáticos, entre los cuales descollaban el Nuncio Apostólico y el Embajador de Estados Unidos.

La liberación de los diplomáticos implicó una negociación con el gobierno de Turbay, que duró cerca de sesenta días, pero más allá de esta, le permitió al M-19 dar a conocer sus fines políticos y abrir la discusión sobre la paz y la democracia; tópico que era del mayor interés para un sector de la izquierda y de la opinión nacional. Jaime Bateman reconoció que el I Foro de los Derechos Humanos realizado en 1979⁶⁸ por dicho sector, les confirmó en la posibilidad

⁶⁶ En Colombia han existido guerrillas desde los años cincuenta; sin embargo, estas son distintas de las guerrillas de los años sesenta que fueron: 1) influenciadas por la revolución cubana realizada por el movimiento de la “Sierra Maestra” liderado por Fidel Castro y el “Che” Guevara, cuyo ejemplo se extendió rápidamente por todo el continente: en Colombia se crea el MOEC como el primer grupo organizado en América Latina; y 2) a diferencia de las guerrillas liberales de los cincuenta, estas tienen una inspiración ideológica definida, el marxismo, aunque aclarando que su metodología fue la denominada “teoría del foco”, cuyo apologista fue el intelectual francés Régis Debray. En esa corriente, el grupo más significativo fue el ELN que se creó en 1965; las FARC surgen en 1964 relacionado con causas agrarias, que aunque tienen entronque con las guerrillas liberales, su evolución las pone al lado de los grupos filomarxistas por los nexos con el Partido Comunista.

⁶⁷ *El Siglo*, mayo 5 de 1980; además, Patricia Lara (1987, p. 43 y 44): *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*.

⁶⁸ Germán Castro Caycedo (1980), Serie de entrevistas al comandante del M-19 Jaime Bateman (*El Siglo*, mayo 4 de 1980): “El foro de los derechos humanos nos hizo dar cuenta que la democracia no estaba perdida en este país. Que sí había posibilidades de salvarla. Y entonces desde ese momento empezamos a pensar no solo en nuestros presos”.

de hacer una negociación amplia con el gobierno, que contemplara un cambio democrático e incluso el fin del conflicto armado. Para el efecto, propusieron realizar un gran diálogo con una comisión de personalidades —sugeridas por ellos— en Panamá⁶⁹. Durante dos años el M-19 mantuvo el trasegar por este objetivo, que en el corto plazo suponía una amnistía completa que Turbay nunca concedió; por la presión de la opinión pública el gobierno creó, como se mencionó antes, una Comisión de Paz que presidió Lleras Restrepo la cual se desmoronó por la carencia de la amnistía. En este lapso la puja por la negociación con el gobierno de Turbay, el M-19 la combinó con una seguidilla de acciones militares de peso en 1980, ejecutadas presumiblemente para presionar la negociación y minimizar el consejo de guerra aplicado a sus cuadros, en la cárcel La Picota.

Ante la imposibilidad de la negociación y el “gran diálogo nacional” el M-19 —con ese gobierno— emprendió el camino de la guerra. Y en 1981 lanzaron una ofensiva de gran envergadura, cuyos hitos fueron: la toma de Mocoa, capital de la entonces intendencia del Putumayo; el desembarco de un comando guerrillero por el río Mira comandado por Carlos Toledo Plata, que se asiló en Ecuador; el disparo de tres cargas de mortero sobre el Palacio Presidencial; el secuestro de un avión de *Aeropesca* para recoger cientos de armas y luego llevadas al Caquetá, “donde es forzado a acuatizar en el río Orteguzaza”; la aventura del barco *El Karina* que traía un cargamento de armas de Panamá⁷⁰. Simultáneamente lanzan la candidatura de Jaime Bateman a la presidencia de la República e intervienen permanentemente las transmisiones de televisión, creando un clima de perturbación, que se aumentaba con el anuncio de la unión de las guerrillas.

El M-19 y la guerrilla de las FARC coincidieron en articular la fuerza militar con la acción política; no obstante, es el M-19 el precursor de este cambio —como se dijo—. La mayoría de los miembros de la dirección del M-19 fueron integrantes de las FARC y abandonaron esa militancia justamente porque no compartían su orientación: no creían en el inmovilismo de la guerrilla, ni en la dispersión de sus efectivos; ni pensaban como adecuado el carácter de exclusiva guerrilla campesina, ajustada a esos objetivos; eran escépticos con aquello de acumular fuerzas para en un determinado plazo tomarse las ciudades; para estos las FARC no aspiraban a la toma del poder en el corto plazo.

Por el contrario, concebían un movimiento guerrillero con la calidad de un ejército, que enfrentara continuamente al enemigo; que articulara su acción militar con las acciones de masas y que conjugara —como decía uno de sus jefes— “la fuerza militar con la fuerza política”.

⁶⁹ Para enviar ese mensaje al presidente Turbay el periodista Germán Castro fue retenido por tres días por el M-19 y en la carta se proponía que la comisión estuviera compuesta por: Lleras Restrepo, Luis Carlos Galán, Darío Echandía, López Michelsen, Alfredo Vásquez Carrizosa, Gilberto Vieira, Belisario Betancur, J. Emilio Valderrama, Hernando Agudelo Villa, Gerardo Molina, el Consejo Nacional Sindical, el padre Manuel Pérez del ELN, los generales Landazábal, Matallana, Valencia Tovar y el escritor García Márquez. Esa reunión convocada para el 1 de mayo de 1980, fue aplazada para julio y en verdad no se realizó porque los citados no asistieron, menos los jefes del M-19.

⁷⁰ Véase Patricia Lara (1987, p. 314-318).

Bateman repudiaba el carácter de “guerrilla rural” porque no actuaba en las ciudades golpeando centros de poder y bajo la pauta de un proyecto político. Explícitamente el jefe guerrillero planteaba:

nosotros creemos que la experiencia guerrillera en Colombia no está terminada. Al contrario, se encuentra en un nivel más alto de retomar la iniciativa. En Colombia hay más de tres mil guerrilleros en armas con una concepción que ha imperado: la del “golpe y huya” que creemos que no ha planteado el problema central que es la necesidad de destruir una máquina burocrática-militar. Y que esa máquina solo se puede destruir con otro ejército del pueblo, pero que necesita un proyecto político que sea acorde con el proyecto militar.⁷¹

Realmente las FARC vivían un proceso similar. Entre 1975 y 1982 ya habían incrementado sus frentes de 5 a 24. Pero la verdadera ruptura se produjo en 1982, cuando pasaron a la ofensiva, por decisión de su Séptima Conferencia Nacional. Basados en la lectura de la coyuntura, que su dirección encontró favorable, porque se daban “indicios de situación revolucionaria”, resolvieron duplicar sus frentes y, lo más notable, transformarse en EP: un ejército revolucionario y popular que debía contar con comandos móviles y unidades, lo suficientemente importantes para enfrentarse al enemigo en una guerra regular y no tipo emboscadas. Dice Pécaut (2008) que el “objetivo fue formulado con toda claridad: lograr en 8 años un gobierno provisional derrocando al régimen” (p. 50). De ahí la sigla FARC-EP. Este cambio, no necesariamente se explica como consecuencia de la política de pacificación con el gobierno de Belisario Betancur, aunque jugó su papel, pues la negociación con este no supuso la entrega de armas, aunque sí comprometió a Marulanda a poner fin al secuestro.

La coincidencia de ambos grupos guerrilleros, en que se presentaba una “fase insurreccional”, probablemente, se explicaba según su lógica, por las siguientes razones: 1) internamente la situación de represión y de militarización, obligarían a las masas a plegarse a la lucha democrática –El M-19 despertaba simpatía popular y de muchos jóvenes–; y 2) la onda revolucionaria

⁷¹ Germán Castro Caycedo (*El Siglo*, mayo 9 de 1980, p. 6). Bateman en el reportaje de Patricia Lara (1987) -citado aquí- abunda en esta concepción de la guerrilla. Para mayor ilustración de este viraje del movimiento guerrillero en los 80 vale la pena destacar algunos pasajes de esta concepción (criticando su experiencia en las FARC y excluyendo a Marulanda y a Jacobo Arenas), decía:

“Pero vi, también, que se cometían errores, que no se llevaba la guerra a donde más les dolía, que no se atacaba en los centros neurálgicos de la producción, que no se transformaban las acciones militares en acciones políticas, que no había la unidad fundamental del mando político y militar, que no dejaba de ser la guerrilla un proyecto campesino para volverse un proyecto militar, que no era la lucha armada la forma fundamental de la lucha, que jamás se pensaba en llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias: la toma del poder [...] las guerras se hacen con mucha gente. Y la revolución es una guerra entre dos poderes, el de los pobres y el de los ricos. Por eso, para que triunfe, hay que agrupar gente por montones [...] la guerra se hace con ejércitos [...] tener un ejército es una de las leyes más elementales de la guerra. Hay que concentrar fuerzas; no descentralizarlas, no crear grupitos y grupitos como ha hecho la guerrilla colombiana, el M-19 incluido” (Lara, 1987, p. 110 y 111).

imperante en Centroamérica, especialmente los sucesos de Nicaragua y El Salvador, por esa época, constituía un buen catalizador a sus expectativas (Lara, 1987, p. 208 y 209)⁷².

Los hechos registrados durante el gobierno de Turbay, determinaron que el M-19 pasara al primer plano como actor político, a raíz de la toma de la embajada y la actividad de otros sectores, le conformaron una agenda inmediata: lucha por la amnistía, la propuesta de “apertura democrática” y diálogo con el gobierno para una eventual pacificación. Merced a la negativa de estos objetivos y en consideración de factores favorables a la “guerra”, el M-19 arremetió militarmente en su acción contra el gobierno, dentro de un nivel distinto a su etapa anterior, para volver a la acción política, de forma afortunada, para ellos, en el siguiente gobierno.

La guerrilla de las FARC reemplazó al M-19 en el primer plano de la política, precisamente en el gobierno de Belisario Betancur. En este periodo descrito su participación fue secundaria, excepto la decisión de su Séptima Conferencia Nacional, cuyos efectos serán muy importantes posteriormente.

3. Conclusión

En el gobierno de Julio César Turbay Ayala que entró en conflicto con diversos actores sociales, excepto con el sector político, se mantuvo la mano dura con la insurgencia armada, especialmente con el M-19; no se traza una vía de solución al conflicto generado y, por el contrario, al finalizar el periodo pareció ampliarse por la conjugación de otros factores. El conflicto es diferido para el gobierno siguiente, que evidentemente lo asumió en forma abierta y en el primer año de administración parece haberse logrado una solución.

Los partidos tradicionales no aprovechan adecuadamente el periodo de desmonte del Frente Nacional pues, por un lado, las reglas del juego del sistema político no quedan claras hacia el futuro; lo que se evidenció, por otro lado, fue la división del Partido Liberal con la pérdida del poder y la desorganización de los partidos, en términos del liderazgo, que se vislumbra quedará en manos de jefes regionales. Las consecuencias en ese plano se verán con el discurrir de la década.

En realidad, este periodo inicial de los años ochenta deja planteados los elementos que se desarrollan, crudamente, en años posteriores. Es decir, el conflicto se expandiría y son esos múltiples actores los que ocuparán el primer plano del proceso político colombiano.

Bibliografía

Castro Caycedo, Germán. (1980, mayo). Serie de entregas de entrevista a Jaime Bateman Cayón. *El Siglo*. Bogotá.

Corporación Prodemocracia. (1981). *Nuevo Liberalismo para una Colombia nueva*. Documento No. 1. Bogotá.

Lara, Patricia. (1987). *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*. Bogotá: Editorial Planeta.

Pécaut, Daniel. (1987a). *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968-1988*. Bogotá: Editorial Siglo XXI.

_____. (1987b). *Orden y Violencia en Colombia*. Tomo II. Bogotá: Siglo XXI Editores.

_____. (2008). *Las FARC: ¿Una guerrilla sin fin o sin fines?* Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Pizarro, Eduardo. (1991). *Las FARC. De las autodefensas a la combinación de todas las formas de lucha (1949-1966)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores - IEPRI.

Quiroga, Gloria V. (comp.). (1989). El pensamiento y obra de Galán sobre la descentralización. *Procomún*, 2(3). Separata especial. Bogotá.

Salazar, Alonso. (2003). *Profeta en el desierto, vida y obra de Luis Carlos Galán*. Bogotá: Editorial Planeta.

Silva Colmenares, Julio. (1979). *Los verdaderos dueños del país*. Simposio sobre Administración. ICFES-EAFIT, Medellín, noviembre 15 de 1979.

Villamizar, Darío. (1995). *Aquel 19 será*. 2^o edición. Bogotá: Editorial Planeta.

Weber, Max. (1964). *Economía y Sociedad*. Tomo II. 2^o edición. México: FCE.

Revistas y periódicos consultados

Diario *El Espectador*. Magazín Dominical, mayo 23 de 1982.

Diario *El Tiempo*. Abril 21 de 1980, agosto 10 de 1980, noviembre 13 de 1981, noviembre 15 de 1981, noviembre 22 de 1981, noviembre 26 de 1981, diciembre 4 de 1981, diciembre 13 de 1981, diciembre 15 de 1981, diciembre 20 de 1981, marzo 14 de 1982. Lecturas Dominicales, enero 17 de 1982, marzo 17 de 1982, abril 25 de 1982, mayo 12 de 1982.

Periódico *Tribuna Roja*. No. 37 febrero de 1981, No. 38 abril de 1981, No. 42 febrero de 1982.

Periódico *Voz Proletaria*. Julio 30 de 1981, noviembre 19 de 1981.

Revista *Estrategia*, abril de 1982.

Revista *Flash*. No. 4, segunda época, febrero de 1978.

Revista *Guión*. No. 34, julio 4-7 de 1984.

Revista *Semana*. Mayo 16-23 de 1989.

⁷² Bateman sostenía: “El futuro de nuestra lucha depende, en gran medida de la lucha en Centro América”.